

Ilustrar la memoria: una mirada fotográfica al pasado de Infantes II

Por Carlos Chaparro, historiador

Hace cien años, el 8 de marzo de 1911, fallecía a los 71 años de edad en su casa de la calle Empedrada el presbítero infanteño don Pedro Aparicio y Vargas. Según las crónicas de la época fue un hombre ejemplar cuya vida “dedicó a socorrer a los necesitados y a difundir la religión católica”. Su entierro constituyó una auténtica manifestación de duelo.



En la fotografía, el presbítero Pedro Aparicio y Vargas sentado con Lola Gallego, su hijo, y Josefa Fernández de Sevilla en 1910

Son escasas las noticias que sobre su vida se conocen. Sabemos que nació el 27 de mayo de 1840 en el seno de una humilde familia de molineros. Era hijo de Andrés Aparicio y Josefa Vargas que como toda su familia eran naturales de Infantes. Fue bautizado al día siguiente en la iglesia de San Andrés por el cura

teniente de la parroquia y fraile franciscano exclaustro, don Rosendo de la Vega. Se le puso de nombre Pedro Antonio Juan y fueron sus padrinos Pedro Aparicio, también molinero, y María Francisca Aparicio, tíos del bautizado. En 1885 lo encontramos matriculado en quinto de Teología en el seminario de Valencia, por lo que se deduce que su vocación sacerdotal debió ser tardía. Ya en 1888 desempeña el cargo de cura vicario de Campo de Criptana y desde 1890 el de párroco de la iglesia de Corral de Calatrava. Posteriormente, en el otoño de 1901, ocupa el mismo cargo en la iglesia de la Asunción de Villahermosa donde residió hasta finales de agosto de 1910 cuando se traslada a Infantes para morir. Durante sus últimos días ejerció como capellán del Asilo de las Hijas de la Caridad.

Don Pedro Aparicio fue un hombre culto y formado como lo demuestra que en su juventud fundara en Villahermosa un colegio que, según los testimonios de la época “fue el crisol donde enriquecieron su inteligencia muchos de los que forman la parte cultural infanteña”. Durante algunos años estuvo suscrito a los periódicos *El Manchego* y *La España Moderna* y su afán por la lectura le permitió dotarse de una interesante biblioteca que legó al morir, por partes iguales, al sacerdote de Fuenllana, el subdiácono don Tomás García y al cura ecónomo de Pozuelo de Calatrava, Ángel María Caballero. Junto a los libros, el presbítero Aparicio logró atesorar una pequeña colección de antigüedades religiosas y de objetos litúrgicos de gran calidad de entre los que destacaba un crucifijo de talla y una Virgen de los Dolores que heredó del sacerdote don Tomás Villalba y Cerdá.

Su notable formación y posición le permitió relacionarse con la elite social de aquellos lugares en los que residió. Por ejemplo, sabemos que mantuvo correspondencia con el historiador y sacerdote manchego don Inocente Hervás y Buendía, al que pudo conocer durante su estancia como párroco en el Campo de Calatrava, y con el historiador de Ciudad Real don Luis Delgado Merchán. Pero fundamentalmente mantuvo una abierta relación epistolar con algunos sacerdotes de la provincia de Ciudad Real como por ejemplo con el capellán del asilo de las hermanas pobres de Valdepeñas, el presbítero don Andrés Alcarazo y con el párroco de la iglesia de la Asunción de Valdepeñas y arcipreste don Canuto García Barbero. Asimismo, gozó de un trato cercano con la mayoría de los sacerdotes infanteños de esta época. Destacó su amistad con don Manuel de Aguilar, primer capellán del hospital de Santo Tomás que, junto a su hermana

doña Carmen, pertenecía a una notable familia local, la de los Aguilar, con amplia casa en la Costanilla del Remedio y esquina a la calle Salinas. También trató abiertamente con don Timoteo López-Peláez, párroco de san Andrés hasta principios de 1900 y con su sucesor al frente de la parroquia, don Metodio Quintanar. Igualmente convivió con los presbíteros don Teodoro Quílez y don Ángel María Abad. Éste último, como don Manuel de Aguilar, era descendiente de otra familia de la elite local, los Abad, emparentada con los Merlo y los Vara de Rey (era tío abuelo de don Enrique y don Luis Merlo) y que poseían señorial casa en la calle de las Tiendas y esquina a la de Quevedo, entonces denominada de Caldereros (actual bar de Boleto). Junto a ellos, cabe añadir su amistad con don Eduardo Cano y Paños, cura párroco de Campo de Criptana y descendiente de la familia de los Cano que, como ya conocemos, eran originarios de San Clemente y adquirieron prestigio al calor de la casa de los Melgarejo desde mediados del siglo XIX. Incluso conoció al presbítero don Félix Martínez Pacheco, de la familia conocida Talento, hijo de don Quintín Martínez y Fernández de Sevilla y emparentado, a su vez, con los conocidos popularmente como Arruña. Estas familias de la pequeña burguesía terrateniente poseían extensas casas en la calle Empedrada y esquina a la plaza de la Trinidad con corrales para labro al callejón del Cuerno o de la Ese. Don Félix Martínez a partir de 1914 ocupó el cargo de párroco en la Torre de Juan Abad. Pero sobre todo, mantuvo amistad y correspondencia con el entonces joven sacerdote don Pedro Fernández de Sevilla, canónigo y secretario de Cámara del obispado de Oviedo, al que hizo un importante legado en su testamento en 1911.

Fuera del ámbito religioso, igualmente, supo relacionarse con la elite económica y política de Infantes y participar de sus proyectos. Por ejemplo, en 1898, don Pedro Aparicio adquiere acciones de la compañía Ferrocarril Económico Trasversal de la Mancha que pretendía unir por ferrocarril Manzanares e Infantes por Membrilla, La Solana y Vallehermoso y de la que era presidente el abogado infanteño don Valero Ota y Morales y representante el letrado Rafael López Arenas. Otra prueba también del excelente trato que mantenía en su pueblo natal era la correspondencia que intercambiaba con don José Francisco de Bustos, esposo de doña Carmen González que, junto a los Melgarejo y los Fontes, era uno de los mayores hacendados de la población. No faltaban, en este sentido, sus felicitaciones por Pascua y fiestas onomásticas a la

ya mencionada familia de los Merlo y Abad, principalmente a don José Merlo Abad y a su madre doña Encarnación Abad y Vara de Rey. Igualmente a don Tomás Fernández de Sevilla y a don Ángel Migallón, padre del médico don Ángel Migallón Ordóñez. También con doña Teresa Fontes y con las superioras del Asilo y el Hospital de Santo Tomás, entre otras personas de destacada posición social en el Infantes de la Restauración. Consecuencia de su notable formación y, como se observa, excelentes relaciones, es su continúa pretensión de alcanzar una canonjía, para lo que no dudo en solicitar, sin éxito, la intercesión ante el Gobierno de sus amigos el diputado por Infantes don Carlos Hervás y Fontes en 1902, el obispo de Badajoz o del también diputado por Infantes conde de Valdelagrana en 1907.

Su labor pastoral como cura rural, entre 1885 y 1911, coincidió con un periodo en el que la Iglesia española estaba inmersa en un arduo proceso de recuperación de la posición privilegiada que la revolución de 1868 le había quitado. La Iglesia católica, después del bache del Sexenio (libertad de cultos, matrimonio civil, libertad de prensa, libertad de asociación, expresión...) había emprendido un proceso en toda regla de reconquista del espacio público perdido en el que la enseñanza, las labores caritativas y las fundaciones religiosas representaban un papel protagonista. Guiada por el temor a la secularización en alza, la Iglesia promovió un catolicismo activo y militante.

En Infantes este movimiento tuvo sus mejores expresiones en la fundación por doña Josefa Melgarejo y Melgarejo del asilo de las Hijas de la Caridad para niñas huérfanas en 1886 y en la fundación por doña Carmen González y su esposo don José Francisco de Bustos del hospital de Santo Tomás en 1902. Junto a estas grandes obras benéficas hubo un continuo goteo de pequeñas fundaciones caritativas y religiosas que perseguían por un lado, el fomento de las nuevas devociones y la implicación masiva de la población y por otro, el ejercicio de la caridad, como expresión cultural de la elite, pero también como medio de control social. Buen ejemplo de ello fue la creación de la asociación de las Hijas de María para fomentar el culto a la Inmaculada Concepción o el Apostolado de la Oración que fue fundado por la duquesa de San Fernando con novenas, predicaciones y procesión para tributo y culto de los Sagrados Corazones. Las conferencias de san Vicente de Paul, por su parte, era otra institución que repartía limosna entre los pobres más necesitados y en especial entre los presos pobres de la cárcel a los que

les dedicaba una función con misa, adoración del Santísimo, comunión y comida. Otra fundación piadosa era el conocido como Pan de San Antonio que repartía alimentos cada quince días entre los obreros en paro y sus familias en época de carestía y por último, existió el denominado Roperero que repartía ropa durante el invierno entre los más necesitados. Por lo general, estas pequeñas instituciones benéficas estaban presididas por mujeres de la elite local, de la buena sociedad infanteña, que encontraban de esta forma un excelente medio de ejercer la beneficencia, como requería su estatus, pero también como medio de expresión social. Es el caso de las conferencias de San Vicente de Paul que dirigían las señoritas doña Matilde y doña Encarnación Merlo junto con doña Pilar Rubio. Las Hijas de María, por su parte, estaban dirigidas en aquellos años por doña Rosa Fernández de Sevilla, hermana del presbítero don Pedro Fernández de Sevilla, y doña Isabel Martínez.

A todo ello se unió un rosario misiones que perseguían la recristianización masiva de la población. Especialmente importantes fueron las que se celebraron en nuestro pueblo en 1911 con motivo del Congreso Eucarístico Internacional. El programa se desarrolló con un triduo, predicaciones y comuniones generales para ganar las indulgencias del Papa y el obispo. Como en los casos anteriores, estos actos eran promovidos por la elite local que encontraba de esta manera una buena ocasión para comulgar con la causa católica, a la que apoyaban desde los partidos ministeriales, pero también como medio de control de las clases populares. Así, a la procesión que cerró los actos de la Santa Misión de 1911 acudieron los marqueses de Melgarejo con sus familias, don Pedro del Portillo con gran parte de sus sirvientes en fila, las hijas de San Vicente de Paul con sus asilados, además de las familias de Rueda, Tejeiro y los banqueros Marín.

Pero sin lugar a dudas, los actos religiosos que más involucraban a las clases populares de la población y más efectivos resultaban para los fines que perseguía la elite local fueron las numerosas procesiones de rogativas para implorar la lluvia. Estos actos constituían una excelente manera de tranquilizar los ánimos de las clases obreras que en paro por la sequía y la falta de trabajo podía cuestionar el orden establecido. La Iglesia por su parte, como parte integrante de la elite, encontraba un gran modo de fomentar la recatolización de la población. En Infantes se recuerdan especialmente por su masiva participación popular las rogativas de la primavera del año 1905. El 3 de mayo de ese año como era

habitual y ante la falta de lluvia se trajo de su santuario a la Virgen de la Antigua. Aún así el 17 de ese mes seguía sin llover. Por fin el 18 de mayo se organizó una procesión rogativa en la que desfilaron más de 20 imágenes: san Isidro, Santiago, san Pascual, santa Clara, san Benito, santo Domingo, san Francisco, san Juan Bautista, san Sebastián, san Juan de Malta, san Félix, san Antonio, san José, los Sagrados Corazones, la Cruz de las reliquias, el Cristo de la Salud, Jesús Rescatado, Jesús Nazareno y cerrando el cortejo las de santo Tomás y la Virgen de la Antigua. Las imágenes se concentraron en la iglesia de San Andrés y por la puerta de la umbría bajaron por la calle del Remedio a la Trinidad. Continuaron por las eras cercanas para bendecir los campos en dirección al hospital de Santo Tomás. De ahí enlazaron por la carretera de Manzanares, pasando por delante del viejo matadero, con la Glorieta. Siguió por la calle del Estudio a la calle Empedrada que con dirección al convento de Santo Domingo alcanzó la plaza por la calle Mayor. Durante la carrera los numerosos devotos entonaron cantares como los siguientes:

Jesús Nazareno
padre de piedad,
libra a Infantes,
de esta calamidad

Señor de clemencia
perdón y piedad,
remedia con agua
esta vecindad

Óyenos Dios santo
la nuestra oración,
detén el llanto
de esta población

El presbítero don Pedro Aparicio Vargas, como hombre culto y atento a su época, supo ejercer de correa de transmisión en este proceso de recatolización masiva de la población y fundó en la iglesia de la Trinidad el culto a la Virgen de los Ángeles a finales del siglo XIX, en torno a 1894. La función se celebra cada 2

de agosto y consistía en misa, sermón, exposición del Santísimo y después procesión. Para mayor lucimiento de la fiesta, el presbítero Aparicio dotó a la imagen de todo lo necesario: todas clase de ropas, un alfiler de brillantes y plata, unos pendientes de plata, una corona de metal blanco, una media luna de plata, varias bombas, flores, candelabros, un frontal y un atril para su uso en las festividades, además de los objetos litúrgicos necesarios para la misa.

La procesión, como se puede observar en la fotografía que ilustramos, discurría por la calle Empedrada en dirección, posiblemente, a Santo Domingo y la calle Mayor que era, por otra parte, el recorrido que desde antiguo realizaba la tradicional procesión del Corpus. A ella acudían las distintas hermandades con sus insignias, además de numerosas niñas vestidas de primera comunión y la banda municipal de música que en aquellos años de principios del siglo XX dirigía don José Antonio de la Hoz y don Vicente González y Quílez, éste último organista de la parroquia.

Durante su vida fue él mismo quien se encargó del mantenimiento del culto y de la procesión, pero tras su muerte en 1911 su organización pasó directamente al párroco de San Andrés y a sus herederos, su hermana Jacoba Aparicio Vargas, viuda de Fernando Ocaña y su sobrina Josefa Ocaña Aparicio, casada con Santiago Matamoros, que quedaron como camareras de la Virgen. Para los gastos de la función dejó en su testamento gravadas con un censo perpetuo de 75 pesetas las casas que dejaba a sus herederos. La procesión se siguió celebrando, al menos, hasta 1923, según mis datos. En agosto de 1936 la imagen fue destruida y por fin el 2 de agosto de 1954 era restituida por sus descendientes que cumplían de este modo con la última voluntad de don Pedro Aparicio de mantener un culto perpetuo. En la actualidad, la imagen se puede observar sobre un altar de pared de la antigua capilla de la Virgen de Gracia de la Trinidad.



Procesión de la Virgen de los Ángeles a principios del siglo XX. La fotografía está tomada desde la cruz de la calle Jara, al lado de la casa del presbítero don Pedro Aparicio y Vargas (antigua joyería de los Granados) y al fondo se pueden observar las primeras casas de la calle Cidas.

Sin embargo, al presbítero don Pedro Aparicio, no se le recuerda por su devoción a la Virgen de los Ángeles, sino por su especial dedicación a la ayuda de los más necesitados y que tuvo como ejemplo memorable que dispusiera en su testamento ológrafo ser enterrado en la tierra y que su ataúd, mantenido por la familia y los párrocos, fuera utilizado hasta su destrucción para conducir al cementerio los cuerpos de los pobres fallecidos. Desde entonces, en Infantes, se

instituyó el denominado “ataúd de las ánimas” que cumplía estos fines que marcó el presbítero don Pedro Aparicio en el final de sus días.